

## EL CUIDADOSO CUIDADO DEL IDIOMA CASTELLANO

Dos años tuvieron que transcurrir para recibir otra colaboración del Dr. Roberto Ernesto Greco. Esta frase no implica una queja, sino una cordial lamentación. Aminora la larga espera la excelencia del trabajo –como no podía ser de otro modo tratándose de quien se trata–. Con modestia lo ha titulado *Sobre la acentuación en los escritos forenses*, cuando en realidad se trata de un mini-tratado idiomático –que incluye el francés, tan querido y tan olvidado– con alusiones a errores más graves que los de acentuación, tales como los ortográficos, sintácticos, falta de coordinación entre diversas partes de la oración y entre tiempos verbales, etc., temas estos que esperamos sean objeto de colaboraciones futuras... sin que el lapso de envío sea tan prolongado, para evitar más lamentaciones. Bienvenido, pues, todo lo que signifique defender nuestra vapuleada lengua castellana, y hacerlo con tanta autoridad, claridad y justeza.

J.C.C.C.

## SOBRE LA ACENTUACIÓN EN LOS ESCRITOS FORENSES

Por **Roberto Ernesto Greco**

1.- Con alarmante frecuencia, los escritos forenses contienen palabras mal acentuadas, ora por omitir el tilde, ora por emplearlo donde o cuando no corresponde. Aunque la observación es generalizable a toda especie de escritos, llama la atención en piezas emanadas de abogados, jueces, secretarios, funcionarios del Ministerio Público, escribanos y peritos de distintas especialidades,

por ser obra de quienes por el nivel de conocimientos que cabe inferir de sus respectivos títulos universitarios, no deberían incurrir en esos errores. En cierta oportunidad dijo Belluscio que estos personajes –entre quienes no mencionó a escribanos y peritos–, junto con los periodistas, colaboran en la labor común de destruir el idioma<sup>1</sup>.

A veces se intenta justificar esos errores aduciendo la premura con que se trabaja y la delegación de la materialidad de la escritura en empleados o amanuenses –a los que ahora hay que agregar los que tipean las computadoras, aunque no “chateen”–. Sin perjuicio de acotar que ellos tampoco deberían cometerlos, la reiteración de vocablos con idénticos errores descarta esa explicación.

Podrá parecer injustificado ocuparse del tema porque un error de acentuación es “peccata minuta” ante los más graves que se observan diariamente (ortográficos, de sintaxis, falta de coordinación entre sustantivo y adjetivo o entre sujeto y verbo, confusión en el uso de tiempos verbales, puntuación equivocada, incorrecta separación de sílabas, mal uso del gerundio, en particular los horribles gerundios iniciales que nada tienen que envidiar al personaje de ficción creado en España por el sacerdote José Francisco de Isla<sup>2</sup>, etc.). Sin embargo, pese a lo modesto del propósito, no creo en la inanidad del esfuerzo por ayudar a la corrección de vicios que deslucen la expresión escrita.

2.- Pienso que la falla viene de lejos, y es atribuible a una desinterpretación de las teorías pedagógicas de Piaget y sus seguidores; me parece que se las desvirtúa cuando se preconiza que la enseñanza de reglas es algo así como una imposición de carácter represivo, dirigida a limitar la iniciativa del educando; por tanto, se lo deja crecer intelectualmente sin coartar su libertad. Consecuencia: en la escuela primaria no se enseñan las reglas de acentuación; en la secundaria se las da por sabidas o no se las cree propias de ese estrato; en la Universidad, por cierto, no hay asignaturas dedicadas a la lengua, escrita u oral, salvo en aquellas carreras de nivel terciario en las que forma parte de su currículo. De allí la ignorancia de aspectos elementales, que conduce a acentuar por mera intuición, sin sujeción a parámetros objetivos. Lo sabemos bien quienes nos vemos sometidos al suplicio de corregir trabajos monográficos, pruebas escritas o tesis doctorales, o a examinar piezas procesales y sus agregados en el cotidiano acontecer judicial.

3.- En el idioma castellano –o español, como prefieren algunos<sup>3</sup>– la única función del acento ortográfico consiste en hacer tónicas sílabas que, de no llevarlo, serían átonas. No es igual en otros idiomas. El inglés, con su reconocida

---

(1) Cito de memoria un opúsculo inédito de Augusto César Belluscio, referido a reglas para la redacción de sentencias.

(2) José Francisco de Isla, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, Ed. Cátedra, Madrid, 1995.

(3) Es el idioma que se hablaba en Castilla y León. Otros, como el gallego, el vascuence o el andaluz, merecerían igualmente la denominación “español” por corresponder a regiones de España. Empero, la Real Academia es Española, lo mismo que el diccionario de la lengua que publica.

practicidad, no emplea acento ortográfico; no existe allí el problema que ahora nos ocupa.

El francés, como es sabido, contiene tres tipos de acentos, todos ellos dirigidos a modificar el sonido de la letra “e” o la “fuga” de una “s”. El acento agudo (“é”) hace que se pronuncie aproximadamente como la “e” castellana (“répandre”, “déclin”, “consacré”, “étude”). El grave (“è”) determina un alargamiento de la sílaba que debe pronunciarse con la boca más abierta (“critère”, “extrinsèque”, la segunda “e” de “élève”, “bibliothèque”). El circunflejo (“ê”) indica que, en su origen etimológico, la palabra contenía una “s” después de una vocal, consonante que fue eliminada al estructurarse el idioma de la “Île de France” (“même”, “pâle”, “bête”, “dépôt”, “fenêtre”, “dîner”, la recién citada “île”). Si no contiene ningún acento, la “e” se pronuncia alargando los labios hasta obtener un sonido que es parecido a algo intermedio entre la “o” y la “u” (“penaud”, “felouque”, “me” como pronombre personal, “ce” cuando es adjetivo demostrativo –este– como en “ce livre”). La “e” no se pronuncia cuando esta vocal es letra final de sílaba intermedia (la primera “e” de “rappeler”, la primera de “fenêtre”) o cuando es final de palabra no seguida de una consonante (“carcasse” y, por extensión, “Carcassonne”, lo que origina que, al pedirse el vino de este nombre, el mozo repita “Carcasone” como queriendo rectificar lo que se le dice; en algunos lugares del sur de Francia se tiene la mala costumbre de pronunciar la “e” final en estos casos). Si la “e” que integra la sílaba final está seguida de consonante, generalmente “r” o “t”, la consonante que la sigue modifica su sonido como si fuese un acento agudo, por tanto se pronuncia como la “e” castellana (“aimer”, “exiger”, “discret” –lo que no impide que los relatores deportivos, con su habitual deformación oral, digan “Coudet” pronunciando “ou” en vez de “u” y la “t” final–).

En francés, la acentuación escrita nunca tiene por finalidad modificar la prosodia o acentuación oral, ya que todas las palabras son agudas. Ni hay inconveniente en que una misma palabra contenga dos acentos (“éloigné”, “éclairé”). Una vez, una empleada judicial que tenía que transcribir una cita que decía “Traité élémentaire” me preguntó en cuál de las dos “e” iba el acento, cuando le respondí que en ambas profirió una exclamación de asombro “¿cómo, dos acentos en una misma palabra?”; evidentemente, la niña en su ciclo secundario no había cursado francés).

4.- En castellano, son sencillas y muy precisas las reglas básicas de acentuación. Todo depende de que la palabra sea aguda, grave –también llamada llana– o esdrújula<sup>4</sup>.

Las polisílabas agudas se acentúan ortográficamente cuando terminan en vocal, “n” o “s” (“café”, “rondón”, “feligrés”, “nevó”, “prestación”, “además”). Por exclusión, no se acentúan cuando terminan en otra letra (“alud”, “cardenal”, “nulidad”, “escribir” y todos los infinitivos, sean de primera conjugación –ter-

(4) Un empleado de juzgado a quien se indicó que toda palabra esdrújula se escribe con acento, contestó “¿y qué es esdrújula?” No ofenderé al lector explicando aquí esta clasificación.

minados en “ar”–, de segunda –terminados en “er”–, o de tercera –terminados en “ir”–). No se acentúan las terminadas en “z” por ser consonante diferenciada de la “s” (“procaz”, “veraz”, “atroz”, “soez”).

Las graves se acentúan, por el contrario, cuando no terminan en vocal, “n” o “s” (“lápiz”, “áspid”, “cáliz”, “difícil”, “álbum”). No llevan tilde cuando tienen aquellas terminaciones (“tejido”, “pelo”, “cariño”, “apelable”, “autos”, “agravios”).

Las esdrújulas se acentúan siempre (“médico”, “lógica”, “cónyuge”, “diócesis”). En cuanto a las sobresdrújulas –o sobreesdrújulas, ya que puede escribirse de las dos maneras–, hay quien las considera graves y, por eso, seguirían la regla de éstas; empero, la generalidad de los gramáticos y literatos sostiene que deben acentuarse como las esdrújulas (“únicamente”, “devuélvemelo”, “permítaseme”). Se da mucho en los superlativos de adverbios de modo; un soneto de Herrera y Reissig termina con el endecasílabo “espiritualizadísimamente”<sup>5</sup>. La calle paralela a Ayacucho y a Callao que corre entre ambas es “Ríobamba”. Una leve diferencia –como lo es una consonante inicial que no existe en la otra palabra que se toma para la comparación– determina que “sutilmente” sea grave y “útilmente”, sobresdrújula.

Los monosílabos no se acentúan, salvo lo que después se dirá sobre el acento diacrítico.

Hasta aquí, todo es muy sencillo y pone al descubierto las razones por las cuales constituye error –inexcusable, diríamos con conceptualización jurídica– poner tilde en palabras como “margen”, “orden”, “dictamen”, “gravamen”, “examen”, “arduo”, “ciclo”, “canon”, “crisis” –y sus compuestos “diacrisis”, “epicrisis”– “elevando”, “asaz”, “tan”, “fue”, “incapaz”, “fin” y tantas otras que suelen escribirse mal; como que es igualmente erróneo omitir el tilde en “también”, “después”, “través”, “estrés” (forma castellana del inglés “stress”), “bauprés” (íd. del francés “baupré” y del inglés “bowsprit”). “Carné” y “chalé” deben acentuarse porque, al castellanizárselas, se suprimió la “t” del modelo francés, de modo que requieren tilde para seguir siendo agudas.

Estos términos, al pluralizarse, pasan a ser regidos por la regla de acentuación correspondiente a la palabra plural. “Intención”, acentuada por ser aguda terminada en “n”, como plural da “intenciones” que no se acentúa por ser grave terminada en “s”. “Canon”, no acentuada como grave, se pluraliza en “cánones”, que es esdrújula. “Fórceps”, “bíceps” y “tríceps” dan prevaencia a la penúltima consonante –“p”– sobre la última –“s”– a los fines de la acentuación como palabras graves, por lo que llevan tilde; “cuádriceps” es esdrújula, de modo que no requiere aclaración. “Artístico”, “estilístico”, “misilístico” no varían porque sus plurales son, asimismo, esdrújulas. “Contumaz”, “feroz”, agudas no acentuadas, tienen plurales graves que, por terminar en “s”, tampoco se acentúan.

Llevan tilde los enclíticos (pronombres átonos puestas al verbo, que for-

(5) Julio Herrera y Reissig, “Idilio espectral”, en el volumen *Poesías completas*, Ed. Losada S. A., Buenos Aires, 1945, pág. 222.

man una sola palabra con el vocablo precedente). Cabe observar que, en la mayoría de los casos, dan como resultado una palabra esdrújula (“dícese”, “aconsejame”, “bebérsele”, “contártelo” –o sobresdrújula– “tráemelo”, “quédatelo”).

5.- Hay vocablos que tienen más de un significado; al leerlos u oír que los dice otra persona, no sabemos en cuál de ellos se lo emplea. Es el caso de algunos homógrafos –palabras que se escriben igual–; con su lectura aislada no basta, es necesario analizar otros aspectos, a saber, las funciones que cumplen en la oración o el texto que integran, o el sentido general de éste. “Llama” tanto puede ser el animal de ese nombre como la masa ígnea desprendida de un cuerpo en combustión, o bien la tercera persona singular del presente de indicativo del verbo llamar.

Otro tanto ocurre con ciertos homófonos –palabras que se pronuncian igual, o casi igual–; no basta oírlos, pero puede bastar leerlos para satisfacer nuestro interrogante. “Honda” denota profundidad, o un arma manual para lanzar proyectiles; en cambio “onda”, si bien suena igual a la anterior, al no tener “hache” expresa los círculos concéntricos que se forman en una masa líquida cuando se la agita o se arroja en ella un cuerpo sólido, o el movimiento de ascenso y descenso que el viento provoca en las aguas de los mares, ríos y lagos. Claro está que con esto no queda íntegramente resuelto el problema porque puede tratarse de plato hondo, pozo hondo, honda tristeza, secreto oculto “en lo más hondo de su ser”, etc. O bien onda del pelo, onda sonora, onda lumínica, etcétera.

A los fines de nuestro tema –la acentuación ortográfica– estos ejemplos carecen de interés. Hay otros casos, llamados parónimos acentuales, en los que el acento cumple función diferenciadora. “Angelico” –diminutivo de ángel– y “angélico” –perteneciente o relativo a los ángeles–; “apodo” –sobrenombre o mote– y “ápodo” –carente de pies–; “arteria” –vaso sanguíneo, o bien calle o carretera– y “artería” –acción artera–; “lucido” –participio pasado de lucir, o bien algo (trabajo, papel actoral) brillante o acertado– y “lúcido” –persona de rápida captación o que está en condiciones de pensar con normalidad–; “rape” –corte de pelo al ras– y “rapé” –tabaco en polvo– entre otros, son ejemplos de esta categoría. El acento o tilde que los diferencia pasa a llamarse diacrítico.

Esto se ve muy bien cuando uno de los vocablos a diferenciar consiste en un modo y tiempo verbal. “Continuo” y “continúo”; “cítara” y “citará”; “montés” y “montes”; “rpto” y “rptó”; “paría” y “paría”; “revólver” y “revolver”; “perpetuo” y “perpetúo”. La mayoría de estos supuestos puede dar hasta tres posibilidades, dos de las cuales son tiempos verbales. “Término”, “termino” y “terminó”; “célebre”, “celebre” y “celebré”; “ánimo”, “animo” y “animó”; “próspero”, “prospero” y “prosperó”; “lúbrico”, “lubrico” y “lubricó”; “explícito”, “explicito” y “explicitó”.

“Solo” no se acentuaba cuando significa sin compañía –“vive solo”–, o único en su especie –“ejemplar solo”–, o cuando es respuesta a interrogación –“¿cortado?, no, café solo”–, o cuando se refiere a composición musical para una sola voz o un solo instrumento. Se acentuaba –“sólo”– cuando se usa en

lugar de “únicamente”, para destruir la ambigüedad entre adjetivo y adverbio. Las últimas reformas eliminaron esta distinción; ahora no se acentúa salvo cuando existe ambigüedad –“pasaré solo este verano aquí” (sin compañía); “pasaré sólo este verano aquí” (únicamente aquí, no en otro lado)–.

“Aún” se acentúa cuando es adverbio de tiempo que significa “todavía”, “en el momento presente” –“aún no aprendió las declinaciones latinas”–; no se acentúa cuando es adverbio de modo que expresa ponderación –“Luis es aun más estudioso que Julio”– o, como adverbio igualmente de modo, significa “incluso”, “hasta” –“aun los más preparados tuvieron dificultad para superar la prueba”–.

Debe examinarse con sumo cuidado el acento diacrítico en los monosílabos. “Sí” se acentúa cuando es adverbio de afirmación, cuando es respuesta a un interrogante –“¿vienes?, sí”– y cuando es forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona –“tomó para sí”–. No se acentúa cuando denota condición –“iré si llueve”–, cuando expresa duda –“no sé si me llamará”–, cuando es conjunción distributiva –“si el sabio no aprueba, malo; si el necio aplaude, peor”–, o cuando es conjunción adversativa que reemplaza a “aunque” –“te pagaré si me olvidase de avisarte”–. “No” puede ser adverbio de negación, sea respuesta a interrogante –“¿estudiaste?, no”– o no lo sea –“no sé de qué se trata”–, modo adverbial que sustituye a “tan pronto como” –“no bien amanezca”–, o simple prefijo negativo –“no ser”–. Seguido de “sin” cobra sentido afirmativo –“no sin intención”–. A diferencia de “sí”, cualquiera sea la función que cumpla el “no”, nunca se acentúa.

“Mí” lleva tilde cuando es pronombre personal –“esto es para mí”–; no lo lleva cuando es adjetivo posesivo –“te cedo mi lugar”– o cuando es nota musical. “Tú” se acentúa cuando es pronombre personal –“tú lo dijiste”–, no cuando es adjetivo posesivo –“toma tu cuaderno”–. “Él” lleva tilde cuando es pronombre personal –“díselo a él”–, no cuando es artículo –“el título que exhibe”–. “Se” se acentúa cuando es presente indicativo, primera persona singular, del verbo saber; no se acentúa cuando es pronombre personal –“se fue al terminar el primer tiempo”–. “Dé” lleva acento cuando corresponde al verbo “dar” –“me lo dé o me lo quite”– no lo lleva cuando es preposición –“el perro de mi amigo”–. “Té” se acentúa cuando es sustantivo –“el té de las cinco”–, no cuando es pronombre personal –“te lo dije y lo repito”–. “Más” se acentúa cuando es adverbio de cantidad –“no bebas más”–, no cuando es conjunción adversativa que equivale a “pero” –“debí decírselo, mas no me animé”–.

“Fe” no presenta dualidad de significados, por ende nunca se acentúa. Lo ignoran los comerciantes de la calle Santa Fe, puesto que invariablemente escriben sus propagandas con acento. En un negocio de esa calle cada vez que hacía una compra me entregaban una tarjeta; una vez rehusé una y dije a la empleada que me la ofrecía: “Gracias, ya tengo varias; además, no me gusta recibir tarjetas con faltas de ortografía”; ante su gesto de estupefacción, agregué: “‘Fe’ es monosílabo, no lleva acento; comuniquen a la imprenta para que no sigan reiterando el error”. No creo que la ocasional lección haya rendido fruto.

“Vez” y “ves” no llevan tilde. Los menciono aquí porque aunque no son ho-

mógrafos ni deberían ser homófonos, en la práctica lo son en nuestro medio por el defecto del seseo que tenemos los porteños (quienes tienen el otro defecto, el del zezeo, también las pronuncian igual). Parecida paronomasia tienen “apóstrofo” –signo ortográfico que indica la elisión o supresión de una vocal (“D’ Alvia”)– y “apóstrofe” –figura retórica que consiste en dirigirse con vehemencia o apasionamiento a un ser real o imaginario; recuérdense los famosos apóstrofes de Almafuer<sup>6</sup>– con el que se suele confundir el anterior. Muy pocos estudiantes conocen la distinción; los de francés la soslayan diciendo “apostrophe”, palabra que en ese idioma tiene ambos significados.

“Qué”, “quién”, “cuál”, “cómo”, “dónde”, “cuándo” y “cuánto” se acentúan cuando son interrogativos o exclamativos, para distinguirlos de los pronombres relativos y adjetivos correspondientes –“¿cuánto vale?”, “¡cómo llueve!”; “llegó cuando nos íbamos”–. Los pronombres demostrativos llevan tilde para distinguirlos de los correspondientes adjetivos –“éste me gusta más que aquél”; “prefiero esta poesía a aquella oda”–.

Se comprende ahora el tremendo dislate que significa la corriente expresión “firma al pié”, escrita así, con acento, ya que “pié” es pretérito perfecto simple del indicativo, primera persona singular, del verbo piar; quiere decir “imité el sonido del pollito”, onomatopéicamente conocido como “pío pío”.

6.- Las palabras con dos o tres vocales en contacto generan diptongo –unión de dos vocales en una sola sílaba– si una es fuerte o abierta (“a”, “e”, “o”) y la otra débil o cerrada (“i”, “u”), o bien ambas son débiles. No forma diptongo la unión de dos vocales fuertes. Hay que tener en cuenta que la “y” es tratada, a estos fines, como si fuera “i” –no es aquí “ye”–; que la “h” entre dos vocales no impide la formación de diptongo; que la “u” de “gue”, “gui”, “que” y “qui” no cuenta como vocal; y que la “ü” con diéresis de “güe” y “güi” forma diptongo con la vocal que le sigue. Así, son diptongos “hay”, “ley”, “rey”, “muy”, “prohibir”, “buhardilla”, “ahuyentar”, “antigüedad”, “lingüística”, mas no lo son “quebrado” y “guitarra”.

El triptongo es la unión de tres vocales, una fuerte entre dos débiles, en una sola sílaba –“buey”, “fiéis”, “apreciáis”, “Uruguay”–.

No hay diptongo ni triptongo si aparecen dos vocales fuertes sucesivas, porque se forma hiato que determina que ambas vocales pertenezcan a sílabas distintas –“leer”, “crear”, “albahaca”, “canoa”, “toalla”–. El acento o tilde en la vocal débil impide la formación de diptongo o triptongo; es otra de las funciones de este signo. Así, hay hiato y, por tanto, no hay diptongo ni triptongo en estos ejemplos: “baúl”, “egoísta”, “ahínco”, “grúa”, “rehén”, “evohé” (grito de las bacantes para invocar a Baco), “aherrojar”, “río”, “salíais”, “crecíais”, “advertíais”; en los tres últimos hay combinación de hiato con diptongo.

(6) *Obras completas*, Ed. Claridad, 1997. “Apóstrofes”, págs. 107/206 (“Yo sé bien que dos razones, dos tendencias, dos pasiones...”). Junto con el “Apóstrofe” contra el Káiser Guillermo II, págs. 263/271 (“Mentecato razonante, amoral y razonante, amoral y atrabiliario...”), constituye, a mi modo de ver, la más extraordinaria colección de insultos y diatribas concebida por un poeta de habla castellana.

7.- Como colofón de estas reflexiones, me permito expresar un consejo dirigido a los señores abogados, jueces, funcionarios, escribanos, peritos y curiales (esto último en acepción de empleado subalterno de los tribunales de justicia): repasar las reglas de acentuación facilitará una correcta expresión escrita, con notorio mejoramiento en el estilo.